

JAUQUE A LA CASA BLANCA

# KENNEDY

## EL REBELDE

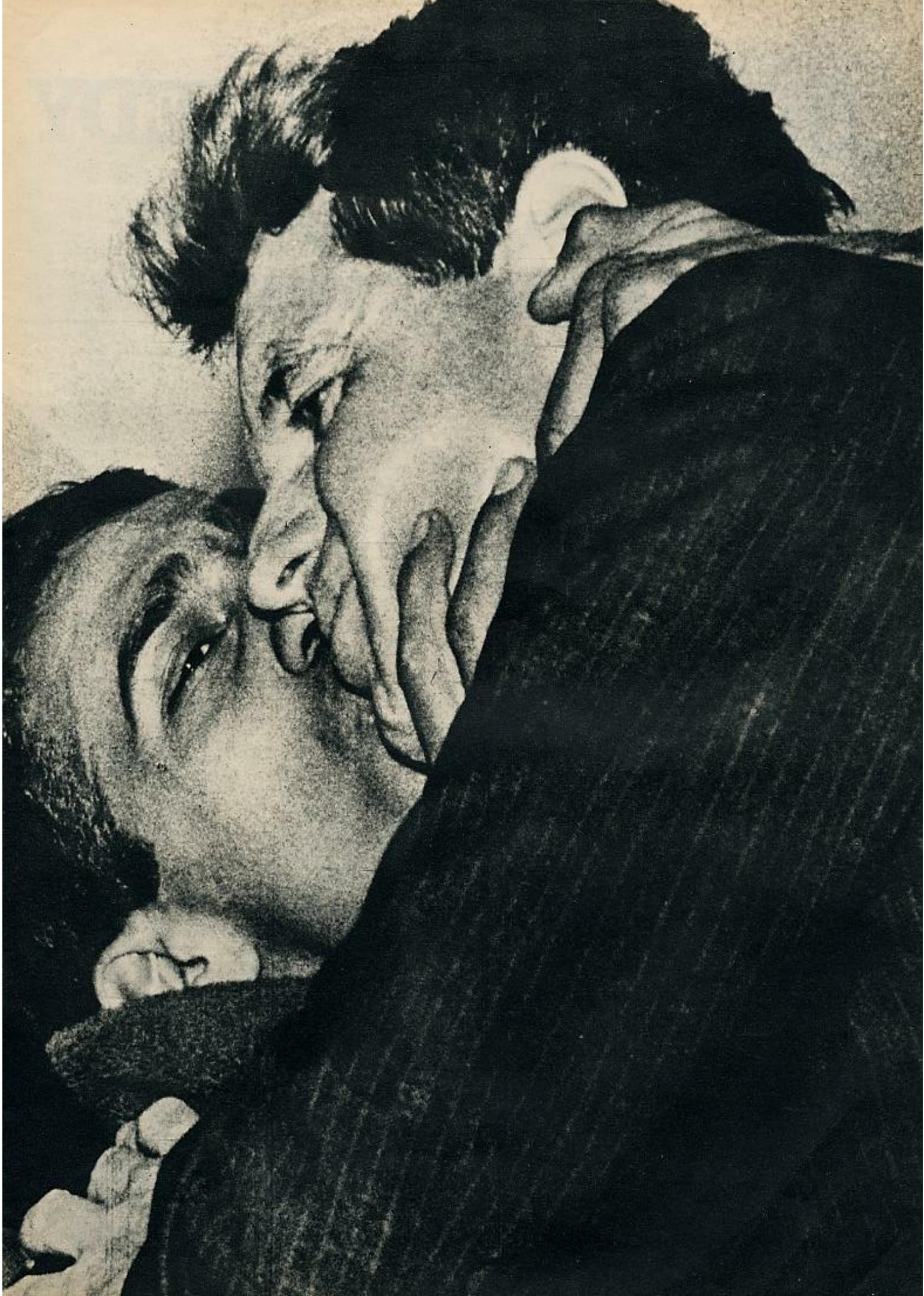


CON visado —porque no podían negárselo—, pero ignorado por el Gobierno, Robert Kennedy, senador por Nueva York y el líder más joven del partido demócrata norteamericano, ha visitado la Unión Sudafricana. También fue a Tanzania, Kenya y Abisinia. En Johannesburgo fue acogido por la multitud negra como un libertador. En Durban lo pasearon a hombros. Bob Kennedy en Africa, en el Vietnam y en su propio país esta preparando a largo término su candidatura para la elección presidencial de 1972. Todos los caminos son buenos para esa «escalada» política. Poco antes de salir para Africa, bajo su iniciativa, el comité senatorial que preside —y que se ocupa de modestos problemas de cooperación interministerial— abrió una encuesta para la persecución del tráfico de drogas entre la juventud norteamericana. El 29 de febrero, y ante la TV, había lanzado su más importante bomba política al pedir que el Vietoong fuese reconocido como una fuerza capaz de formar parte de un gobierno de coalición que restableciera la paz en el Vietnam. Eran palabras mayores y tuvieron la resonancia que cabía esperar de ellas. Bob Kennedy puja alto, con energía y decisión. Ya no cabe razonablemente ninguna duda de que será el más fuerte contrincante que el tejano Johnson tenga a la hora de las urnas.

A continuación ofrecemos un «retrato» del joven senador —cuarenta años— trazado por Jean Lacouture, uno de los más prestigiosos comentaristas y reporteros franceses, que hace dos semanas vivió durante dos días, como huésped de Bob Kennedy, en la finca de éste, en Virginia. Su artículo —no vacilamos en hacerlo— puede calificarse como el más preciso e inteligente análisis que sobre la personalidad del senador se haya escrito hasta ahora.

★

A su llegada al aeropuerto de Johannesburgo, Robert Kennedy fue recibido por una gran multitud de negros y estudiantes blancos, que lo aclamaron. Un negro pudo llegar hasta él y besarlo, como se ve en la foto. Kennedy se había convertido en idolo.



# ROBERT KENNEDY

## La infancia de un jefe

Por JEAN LACOUTURE

**C**ON su viejo jersey, sus pantuflas, su mirada a la vez inquietante e inquisitiva, sus gestos unas veces despreocupados y otras secos, hacía pensar en James Dean. Sin embargo, aquella mañana, nada a nuestro alrededor sugería rebellón con o sin causa: una hermosa casa plantada sobre las suaves colinas de Virginia, un marco para novela rosa por entregas, la riqueza de una familia en la que los miles de millones aumentan todavía a mayor velocidad que los hijos y en la que la misma desgracia tiene aspecto de éxito.

Pero Robert Kennedy tiene algo singular y salvaje, algo que le emparenta violentamente con una generación de jóvenes impacientes y con una tradición de irlandeses excesivos. Se piensa, por ejemplo, en los personajes de Synge. Todo el mundo le llama Bobby; pero esta familiaridad, banal en este país, oculta una mezcla de temor, de admiración y de curiosidad que le hace no parecerse a ningún otro personaje de la política americana.

### un corsario guasón

Bajo la frente ornada por un tupé rebelde, que luce con el arte de un

héroe de western, la mirada tiene mayor intensidad que la de su hermano, el presidente asesinado: azul con reflejos negros. Una mirada de corsario guasón, hábil en los malos tragos, pero que sin gran esfuerzo puede convertirse en la angelical de un forzado de Jean Genet. Cuando esto sucede es cuando la gente del Congreso y de la Casa Blanca —y sus electores de Nueva York— empiezan a preocuparse. Este joven lobo rubio es el hijo del viejo Joe Kennedy, ante el que Harry Truman se sentía como un crío.

Reducirle a esta tremenda ascendencia y no ver en él más que la consecuencia de un «negocismo» provinciano al servicio de un furioso apetito de poder sería pueril. Una interpretación idealista del personaje no sería menos equívoca aunque resultara mucho más interesante. Más allá de la dureza del «Attorney» General y del «vote getter», quedaría mucho más cerca de la realidad del Robert Kennedy de hoy.

¿Qué hizo en el último año? Ha asumido riesgos, con frecuencia inútiles o excesivos en términos de con-

quista del poder. Se pretende ver en ello su preocupación por suplantarse a Hubert Humphrey en la sucesión del presidente. Esto no es serio. Nadie prevé una evolución de la guerra del Vietnam lo suficientemente desastrosa como para privar a Johnson de su reelección en 1968. Y a Humphrey, al que sus antiguos apoyos liberales ya le llaman «poor Hubert» («pobre Hubert»), sigue tan de cerca la línea oficial que al mismo tiempo que ha asegurado su reelección para la vicepresidencia ha arruinado su porvenir como líder de una América renovada, que podría calificarse de «conciliar». Para asegurarse la posición que llegó a disfrutar Adlai Stevenson —jefe de los liberales modernistas— a Robert Kennedy le basta con dejar jugar al «poor Hubert». Cada frase del vicepresidente aproxima al joven senador a la posición que razonablemente puede esperar: la de jefe del partido de la alternativa.

Entonces, ¿por qué esas «locuras», por hablar como seguramente lo hace el viejo Joe, el padre fundador? ¿Por qué ser el primer líder americano

de alguna consistencia en proponer que se ofrezca al Vietcong participar en el poder? ¿Por qué ir a mezclarse en una huelga de recolectores de fruta en el Oeste? ¿Por qué saltar junto a Ralph Nader en el ataque a la General Motors? ¿Por qué denunciar con tanta violencia los peligros de la escalada hacia China? ¿Por qué desafiar a los racistas de Mississippi enfrentándose, en el propio «campus» de la Universidad del Estado, con ese «héroe» sudista que es Ross Barnett? ¿Por qué ir ahora a hacerles cosquillas a racistas más peligrosos todavía, los de Africa del Sur, donde, según nos dijo hace unos días, estaba decidido a plantear el problema a fondo y públicamente tal y como lo ha hecho?

### un hijo de multimillonario

¿La «furia de vivir» —para volver a Dean— vivida al nivel de los asuntos públicos? ¿La «infancia de un jefe», ávido de foguearse en los campos de batalla antes de manejar las responsabilidades mayores? ¿O, simplemente, cierto sentido de la justicia, unido a una profunda comprensión de las aspiraciones y de las inquietudes de una juventud a la que tiene razones para conocer todavía? Esta audacia, esta pasión por contradecir, este encarnizamiento en hacer frente, hacen pensar en un joven Mendès-France, un Mendès-France de cuarenta años, empírico, optimista y afortunado.

¿Por qué esos riesgos? Porque la guerra del Vietnam, la pobreza, el racismo, la amenaza de las grandes compañías a las libertades individuales son plagas de América, y porque Robert Kennedy tiene, como su hermano, la mirada lo bastante clara para verlas, sin romper por ello con un sistema que admira en tanto que hijo de multimillonario, nieto de emigrante y miembro de una clase política que desconfía de él el mismo tiempo que se presta de mala gana a sus designios. Su condición le liga al régimen. Su voluntad le conduce al reformismo. Su temperamento puede inducirle a recurrir ocasionalmente a métodos revolucionarios.

Pero hay que guardarse de generalizar con un personaje que es todo movimiento, impulsos y repliegues, saltos y zig-zags. El brillante cronista del «New Republic», Andrew



Robert Kennedy consiguió un gran éxito en su viaje al Africa del Sur. Los alumnos de una escuela negra le aclaman entusiastas.

Hopkind, trazada hace tiempo un penetrante retrato suyo bajo el título de «He is a happening». El «happening» es una forma de teatro hecha de apasionada improvisación en torno a un tema y en un clima dados. Norman Mailer describía a John Kennedy como «un presidente existencialista». La frase es aún más adecuada referida al senador de Nueva York. No es un hombre de doctrina, desconfía de las ideas generales y de todo lo que tiende a provocar la confusión entre la política y lo religioso; es un hombre de acontecimientos, un hombre-acontecimiento que se ofrece a los golpes —y los da— para buscar su camino y redoblar su fuerza.

No habla del Vietnam como quien busca un terreno favorable para poner a sus adversarios en apuros, sino con una especie de cólera soterrada y una evidente pasión de saber más. No le gusta que le digan que después de haber propuesto la participación del Vietcong en un gobierno de coalición se había batido en retirada situando esta hipótesis en una perspectiva post-electoral. No niega que el furioso tiroteo que la Administración ha lanzado contra él le ha hecho mella, y sobre todo los ataques de amigos como McGeorge Bundy y Maxwell Taylor. Pero insiste en la necesidad de ofrecer una alternativa seria a los combatientes del otro lado y le inquieta conocer qué repercusión ha tenido su proposición del 29 de febrero en Hanoi o en las delegaciones del F.N.L. Está relacionado desde hace tiempo con los contactos que se sostiene con la gente del «Frente» a propósito del prisionero americano Hertz, detenido por los guerrilleros del Sur, como para hacerse ilusiones sobre sus oportunidades de hacer cambiar la guerra, aunque fuera por una proposición juiciosa; la desconfianza, allá abajo, es tan compacta... No dice que está justificada, pero su brusco silencio habla por sí solo.

Su declaración del 29 de febrero no ha caído, sin embargo, totalmente en el vacío, si hay que creer los comentarios interesados hechos en las Naciones Unidas por dos de las delegaciones más aptas para reflejar el punto de vista del comunismo asiático: la de Albania y la de Camboya. Pero querría saber más para ir más lejos. Y el «Frente» vietnamita no tiene habilidad para coger las pelotas al vuelo, como hacía el F. L. N. argelino.

## un tanto

El desarrollo de la oposición en el seno del Congreso no le parece un factor decisivo, a menos que la escalada se prosiga a un ritmo que ponga en entredicho la actual «limitación» de la guerra. Entonces podría producirse una oposición más firme. No ignora que la nueva «doctrina Rusk», al negar todo «santuario» al adversario, abre la vía a un conflicto con China, como hace un año, los primeros ametrallamientos de los puertos vietnamitas preparaban la escalada. Todo esto le inquieta profundamente. «Es en el Vietnam del

**SIGUE**



La policía tuvo que protegerlo muchas veces de los excesivos entusiasmos de la multitud a su llegada al aeropuerto de Johannesburgo. Arriba, un agente de la CIA le ayuda a llegar al coche. En Africa ha sumado puntos para una posible campaña electoral.



**mi hombre tiene ese algo tan... tan de hombre**



Suaves y deslizantes afeitados eléctricos, aún en días de calor y humedad! ELECTRO MASAJE KAMEL facilita definitivamente el pasado de la máquina eléctrica, dejando su rostro suave y reciamente natural. Casi perfumado. Con ese algo tan... tan de hombre.

**ELECTRO MASAJE**

**kamel**

(SOLRIZA, S. A.)

**para el sexo (muy) fuerte**

Es un producto de la serie KAMEL

Sur donde se encuentran el problema y la solución, no en el Vietnam del Norte —repite—. No es bombardeando al Norte del paralelo 18 como nos acercaremos al objetivo que es un Vietnam del Sur equilibrado.

Ciertos parlamentarios y un buen número de profesores de Harvard y de Berkeley piensan que los budistas ofrecen a Washington la puerta de salida ideal, buscada desde hace tiempo: que pidan cortésmente que se vayan los americanos y se habrá encontrado una salida «democrática». Ese no es el punto de vista de Kennedy, en absoluto. Quedarse o irse es, según él, la elección que debe plantearse el poder de Washington. La eventual evacuación debe ser la conclusión de una negociación conducida en términos de relación de fuerzas, no el fruto amargo de un repentino y dudoso viraje político. A poco que se interpreten sus frases, se ve que el compromiso americano en el Vietnam le parece desgraciado y que él reclama una revisión decisiva. Pero este hombre de poder no quiere deshacerse de una carta, incluso si es dudosa, hasta que no haya dado todos sus frutos. Un cuarto de millón de soldados americanos, estén donde estén, suponen un tanto. No está dispuesto a pasarlo a pérdidas y ganancias, y piensa, en este sentido, en una negociación que asegure garantías a los vecinos del Vietnam, por ejemplo Tailandia.

También aquí busca su camino, tanto en lo que concierne a la solución vietnamita como a sus propias relaciones con la Administración. ¿La guerra o la paz? La paz, naturalmente, pero no la liquidación. Una fórmula inspirada en la que su hermano y él mismo habían hecho valer hace cuatro años para Laos, asimilando el Vietcong al Pathet Laos. ¿Por qué no? Con relación a la Administración prefiere la crítica al desafío, la oposición a la ruptura. Está demasiado profundamente ligado a la maquinaria del partido demócrata como para admitir la idea de una escisión abierta. Piensa en una renovación como, en Francia, Mendès-France en 1954 frente al partido radical. Pero esta renovación no pasa, en su mente, por la destrucción de Lyndon Johnson. El, a quien los que rodean al presidente han atacado sin rodeos, habla de L. B. J. en términos neutros, vagamente teñidos de ironía y de compasión.

**la gran palanca**

Lo que le preocupa de una manera inmediata es el endurecimiento de los tamices, el desarrollo de una intolerancia, de una asociabilidad política rara en Washington. Los grupos

se dividen en torno al tema del Vietnam, se deshacen amistades, se forman clanes enrabiados. Le asombra el encontrarse tan lejos, hoy, de sus amigos McNamara, McGeorge Bundy, Maxwell Taylor. Mientras habla con nosotros tiene sobre las rodillas al menor de sus hijos, al que él puso el nombre de este general, que fue su padrino. El lado pintoresco de la situación le afecta, le divierte, le disgusta. Pero lo que le inquieta aún más que este retorno a la intolerancia —del que sufren todavía más que él hombres como James Fulbright y Walter Lippmann— es la fantástica concentración del poder militar. Ya se sitúe el punto de aplicación al nivel de McNamara o al del comité de los jefes de Estado Mayor, estima que esta palanca dispone de una fuerza sin precedentes en la historia americana. Aunque no fuera más que por el juego de los encargos de armamento y equipo, que pueden transformar bruscamente la prosperidad de un Estado o de una rama profesional, el Estado Mayor ejerce el poder de árbitro de la economía, hasta un grado que lord Keynes, al analizar el papel del Estado, no había previsto.

La crisis de la O. T. A. N. le desconcierta. Pero lo que le inquieta sobre todo son las reacciones de la política americana. Al manifestarle mi asombro por haberle oído hablar, ante una subcomisión senatorial, del acercamiento franco-alemán como de una posibilidad lejana, pero de un porvenir posible, y al recordarle a Robert Schuman y quince años de práctica europea, se puso de uñas. No, él no duda de la posibilidad de una «reconciliación» por lo menos técnica. Pero, ¿están los franceses dispuestos a aceptar que Bonn disponga de armamento nuclear al mismo título que Londres? ¿No? Es todo lo que quería decir.

«Mi preocupación se sitúa a otra escala. En la de las decisiones de Washington. Lo que me parece peligroso es que, como reacción contra las iniciativas de Charles de Gaulle y en función de una tradición germanófila bastante fuerte en numerosos sectores influyentes, mi país fundamente su política europea en Alemania. Yo no soy anti-alemán: pero una política americana totalmente centrada en Bonn alienaría demasiadas oportunidades de distensión como para que yo no la tema...».

Todo lo que se refiere al desarme, especialmente al nuclear, le parece fundamental, y el Tratado de Moscú le parece más actual y necesario que nunca. ¿La política francesa en este terreno? Prefiere no calificarla, pero vuelve con gusto a la hipótesis de un cambio alemán con arreglo a las exigencias francesas, juzgando el argumento decisivo.

Todo esto lo dice con un ardor de estudiante, con la seguridad de un

hombre que, a los cuarenta años, había asumido una buena parte del poder gigantesco de que disponen las gentes de la Casa Blanca y que cuenta con volver a asumirlo. Su «profesor de gobierno» en Harvard, Robert McCloskey, no conserva de él un recuerdo brillante. Pero sus lecciones maduran ahora: los Kennedy aprenden practicando.

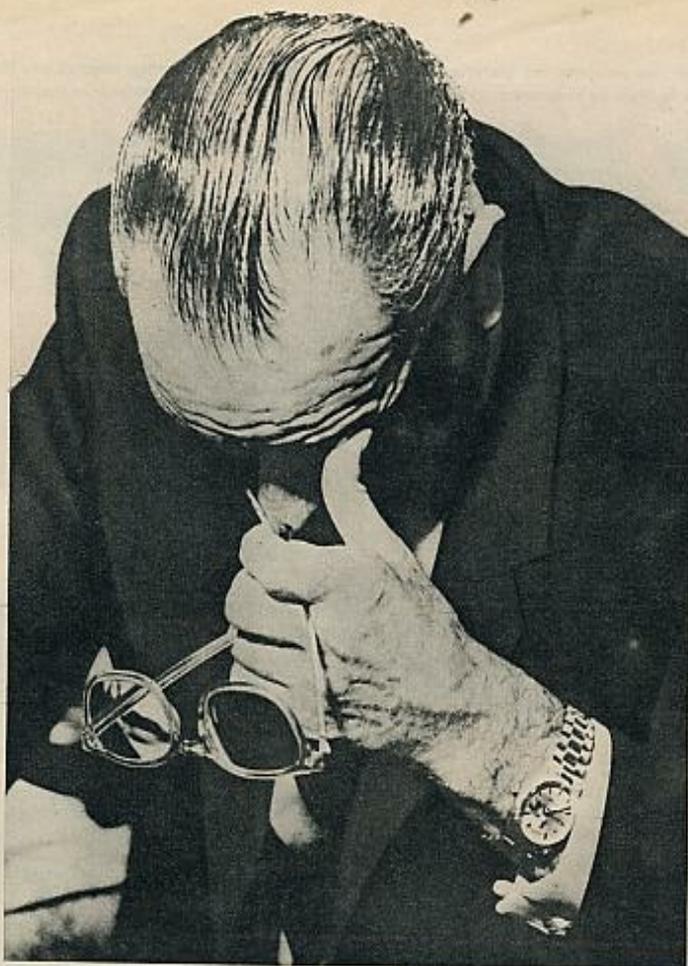
## un lobo solitario

Este rebelde inmensamente rico, de controlada pasión e idealismo inteligentemente «colocado», no es sólo un hombre. Llamarse Kennedy en la América de hoy es situarse en un clan gigantesco, hecho de ramificaciones capitalistas y de fidelidades folklóricas. Es a la vez senador de Nueva York, líder sin título de una fracción del Senado, animador sin mandato de una poderosa facción del partido demócrata y, en fin, jefe de lo que en Washington empieza a llamarse «gobierno en el exilio».

Su situación en Nueva York es singular. El electorado irlandés, por una parte, y el electorado liberal, por la otra, parecen serle fieles. Pero a menos que Frank O'Connor se convierta en gobernador el año que viene, Robert Kennedy se encuentra por ahora enfrentado a los tres personajes más interesantes del partido republicano: Jacob Javits, el otro senador del Estado; John Lindsay, el alcalde de la ciudad, y Nelson Rockefeller, el gobernador actual. Estas situaciones no le desagradan. Pero para conseguir el total de votos del electorado demócrata, tarea a la que está condenado si quiere sobrevivir, tiene que jugar con Tammany Hall, sede de la organización neoyorquina del partido demócrata, un juego que no es precisamente aquél con el que sueña el antiguo enemigo número uno de la Mafia.

En el Senado parece un lobo solitario. Hay que verlo abrirse camino hasta su mesa o hasta su banco para sentirlo diferente, un poco violento, un poco molesto. Irrita y perturba. Pero sus combates, desde hace un año, le han valido el mejor equipo de los jóvenes demócratas, de George McGovern a Frank Church, de Clairborne Pell a su hermano Ted. Sin hablar de los «mayores» simpáticos, Joseph Clark, Eugene McCarthy y, naturalmente, James Fulbright. Ninguno de estos hombres es un «valido». Pero todos tienen en común cierto punto de vista sobre el porvenir de la política americana que hace de ellos unos «kennedianos». Fueron los hombres de la «nueva frontera» y habrían querido ser los de la «gran sociedad». Ahora desean ser los iniciadores de una sociedad internacional que encontrase reglas comunes de comportamiento.

El aspecto más curioso de la posición de Robert Kennedy en la Amé-



Lyndon B. Johnson se muestra preocupado. Robert Kennedy ha pedido el reconocimiento del Vietcong. Con ello se sitúa en situación de jaque a la Casa Blanca.

rica de hoy es la existencia de lo que Max Frankell llamaba su «gobierno en el exilio». Bob Kennedy ríe cuando se habla de ello. Pero su risa está provocada por la frase, y no por su sentido. Es un hecho que los círculos concéntricos, que se disciernen actualmente alrededor de este hombre joven y que crean en torno a él como un campo magnético, son algo más que los elementos de un «brain-trust» senatorial.

## el pecado original

Están, en primer lugar, los antiguos lugartenientes de John Kennedy, Arthur Schlesinger, su historiógrafo número uno, y Ted Sorensen, su historiógrafo número dos, muy próximos ambos al nuevo líder, lo mismo que Richard Goodwin, su consejero en política extranjera, y Richard Boone, especialista en cuestiones sociales. Es difícil evaluar sus relaciones con esos dos famosos contradictores de la política vietnamita de la Administración que son el embajador George Kennan y el general James Gavin. Pero lo que está claro es la reciente alianza al grupo «kennediano» de John Kenneth Galbraith, el gran economista, hasta ahora bastante reservado después de haber sido uno de los agures de la «nueva frontera». Y Carl Kaysen, que

fue el adjunto de McGeorge Bundy en la Casa Blanca antes de suceder a Robert Oppenheimer a la cabeza del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, puede ser considerado también como «kennediano». También hay que conceder gran importancia al papel que juega cerca de Bob Kennedy, especialmente en materia vietnamita, el brillante «columnista» Joseph Kraft.

Con su aspecto de irlandés de las landas salvajes, Robert Kennedy quizá sigue siendo un rebelde. Pero no lo es sin causa —la guerra, la segregación, la pobreza— ni sin amigos. Tiene una preciosa riqueza: el tiempo. Cuando se intenta interpretar alguna de sus iniciativas como maniobras hacia la presidencia, sus adjuntos responden: «Ningún gesto tiene valor electoral más de dos años antes del escrutinio». Ahora bien, evidentemente, «su» escrutinio no es el de 1968. Un buen candidato se contentaría, de aquí a 1972, con no cometer errores. Pero él no es un «buen candidato». Cometerá errores por exceso, según los criterios americanos. Está perpetuamente «overcommitted».

Esta actitud, ¿le proporciona la admiración y la fidelidad de los liberales, lo que, en la terminología americana, significa por aproximación la izquierda?

Ciertas de sus intervenciones son saludadas con simpatía, incluso a ve-

# KENNEDY

ces con entusiasmo, como su declaración a propósito del Vietcong. Pero una amplia zona de desconfianza persiste a su alrededor. Y si se quiere hacer subir la fiebre en un círculo de intelectuales —como en un salón bienpensante—, basta con arrojar su nombre como pasto. Los liberales le reprochan ante todo sus lazos con el equipo McCarthy, en los años cincuenta. Era tan joven, se objetó... No importa: este pecado original sigue pegado a su piel. Otros cargan el acento sobre los métodos que empleó, en la convención demócrata de 1960, para hacer elegir a su hermano contra Adlai Stevenson, métodos abusivamente inquisitoriales y policíacos. Otros, en fin, califican con rigor su intervención en la tentativa de invasión de Cuba de 1961...

El hecho es que los intelectuales americanos no tienen hacia él ningún prejuicio favorable. Es, y seguirá siendo, juzgado por sus actos. Desde hace un año, y sobre todo desde hace seis meses, se está de acuerdo en que asume con vigor la sucesión de Stevenson, de un Stevenson interpretado por James Dean. Pero el papel le puede ser retirado en cualquier momento. Hubiese bastado con un paso en falso en Johannesburgo, o bastaría con un error en Berlín o a propósito del Vietnam. Se encuentra en observación no sin ofrecer a la mayoría de los liberales la impresión reconfortadora de que disponen para el futuro de una alternativa frente al «johnsonismo» y de que de ellos depende el cambiar el curso caprichoso de la carrera y de los impulsos de este líder experimental.

En cualquier caso, Robert Kennedy no se ve a sí mismo como el jefe de los liberales. El nombre le molesta, los intelectuales le desconciertan con frecuencia. ¿Su partido? Lo ha definido con una frase. En el transcurso de una de las innumerables y significativas visitas que realiza a las escuelas, un muchacho de quince años le preguntaba cuándo presentaría su candidatura a la presidencia: «Cuando tengas edad de votar por mí».

¿El hombre de la juventud? Este tipo de fórmula oculta demasiadas falsas apariencias. De momento puede destacarse simplemente una cierta concordancia entre los apetitos y las aspiraciones de una generación y el aprendizaje del poder al que se entrega, con una furia juvenil y aventurera, el joven senador del Estado de Nueva York.

J. L.

Fotos: CIFRA, CAMERA PRESS, ZARDOYA.